

mucho tiempo en una pobreza estremada, ganando su vida con el trabajo y egercicios mas viles, como segar el heno, limpiar los patios y las cuadras, y hacer carbon. No estaban bastante diestros en unas funciones tan nuevas para ellos, y fueron muchas veces maltratados por sus amos groseros sin darse jamás á conocer. Thibaldo quiso en este tiempo aprender á leer para instruirse mas perfectamente en las verdades eternas. Buscóle Galtiero por maestro un clérigo piadoso, pero tan pobre que no tenia ni un salterio, y los dos ermitaños carecian de dinero para comprarle. Consiguió Galtiero del clérigo que pasase á Provins á pedir á Arnulfo padre de Thibaldo el libro que necesitaba su hijo. Arnulfo y su muger honraban el alto punto en que se hallaban constituidos, permaneciendo fieles á la religion que tenian la dicha de profesar: y si la larga ausencia de su hijo les habia causado unas inquietudes mortales, experimentaron el mas dulce consuelo al saber que los habia dejado únicamente por Dios. Dieron gracias al Señor, porque encontraban un santo en vez de un hijo pródigo; pero Arnulfo no quiso enviar el salterio, sino que dijo que le habia de llevar él mismo, y en efecto fue con el maestro hasta Tréveris.

Estando cerca de la ciudad, entró solo el maestro, y dejó á Arnulfo junto á un árbol adonde solia ir Thibaldo á dar leccion. Al momento llevó allí á su discípulo con el pretesto de ver los progresos que habia hecho durante su ausencia; pero luego que descubrió Thibaldo á su padre, exclamó diciendo:

*me hacen traicion*, y huyó precipitadamente. Arnulfo le siguió deshecho en lágrimas y gritando: „hijo mio, ¿por qué huyes de un padre que respeta en ti la obra de la gracia? No pretendo distraerte de tus piadosos designios. Solo quiero edificarme contigo, y llevar á una madre moribunda noticias capaces de restituirla la vida. Thibaldo respondió á esto: Señor, (porque no volvió jamás á llamarle padre desde el punto en que se retiró) vivid felices uno y otro, y dejadme vivir en la paz de Jesucristo; á lo que replicó Arnulfo: todo te falta, hijo mio, mientras nosotros vivimos en medio de la abundancia. Recibe lo que necesitas para subsistir, y acuérdate de nosotros. Pero el Santo respondió: nada puedo recibir de lo que he abandonado por Dios.” Alejóse despues de esto, y fue tan fiel á las obligaciones que se habia impuesto que temió ponerse á peligro de faltar á ellas volviendo á ver á su padre. Galtiero, igualmente fiel á la ley de la mas rígida pobreza, dijo á Arnulfo, que su hijo no necesitaba mas que un salterio, y no quiso recibir de él ninguna otra cosa.

Para evitar en lo sucesivo semejantes visitas, pasó Thibaldo á Roma con la resolucion de ir mucho mas adelante, y de llegar hasta Jerusalem. Pero Galtiero, que era ya muy anciano, quedó tan quebrantado con el solo viage de Italia, que fue necesario detenerse cerca de Vicenza, en un lugar llamado Salanico, donde murió al cabo de dos años. Thibaldo, que vivió siete años mas, no trató de otra cosa que de aumentar sus austeridades y su desprendi-

miento de las cosas terrenas, progresando cada dia mas en todo género de virtudes. Despues de haberse sustentado algun tiempo con pan de cebada y un poco de agua, se abstuvo del todo del pan, y solo comia algunas yerbas, raices ó frutas silvestres, sin ninguna especie de bebida. No se acostaba nunca, y los pocos momentos que dormia era sentado. Por respeto á su virtud, le obligaron á que se dejase ordenar de sacerdote, y en el último año de su vida recibió el hábito monástico. Empeñó su padre la peregrinacion de Roma para verle segunda vez, y temiendo su madre, por la relacion que la hizo Arnulfo de su santo hijo, que no habia de tener el consuelo de volver á verle, hizo que la llevase á Italia su esposo. Cuando se vió al lado de su hijo esta piadosa y tierna madre, no quiso separarse de él, y á egemplo suyo se consagró al servicio de Dios en la soledad. En fin, doce años despues de haber abandonado Thibaldo su pais, murió en un retiro de Salanico á primero de Julio, en cuyo dia honra la Iglesia su memoria.

54. Envió el Papa á Milán algunos sugetos con el carácter de legados, para terminar de un modo durable sus turbulencias, quienes publicaron varias constituciones, y tomaron eficaces providencias para que se observasen. Declaráronse los doctores mas ilustrados al mismo tiempo contra las pretensiones de la ignorancia, ó por mejor decir, de la licencia y la obstinacion. Un principio de los mas fecundos en abusos era que muchos obispos estaban en el empe-

ño de que sus inferiores no tenian facultad para acusarlos; con cuyo motivo los doctores mas profundos y circunspectos sostuvieron muy al contrario, que en caso de sospecha no habia cosa mas racional que obligar á los obispos, como tambien á los eclesiásticos de segundo orden, á dar razon de su inocencia, ó á confesarse humildemente culpados; que San Pedro no llevó á mal la repension que le dió San Pablo su inferior; que si los preladados no pudiesen ser juzgados, nadie querria sujetarse á las leyes canónicas; y que si no fuese permitido á los hijos de una iglesia abrir la boca contra su pastor, resultaria en el primer orden una licencia arrogante y una impiedad destructora de toda disciplina, siendo casi imposible hallar en otra parte testigos de su conducta (1).

El Papa Alejandro persiguió la incontinencia de los clérigos con la misma severidad que la simonía. La Dalmacia, que estaba contigua al imperio de oriente, pero seguia todavía los usos de la iglesia latina, no se eximió de la vigilancia de este Pontífice, el cual envió al clero de esta provincia un decreto imponiendo entredicho, exclusion del coro y privacion de las rentas eclesiásticas, no solo á los obispos, presbíteros y diáconos que se casasen en lo sucesivo, sino tambien á los que conservasen las mugeres con quienes se hubiesen casado. De aquí se infiere, que las prevaricaciones de esta clase no procedian únicamente de la ignorancia y relajacion, sino que el egem-

(1) *Petr. Dam. lib. 2. Epist. 12.*

plo y la proximidad de los griegos contribuían á darlas un colorido bastante especioso en un tiempo en que estos puntos de disciplina no tenían aun toda la estabilidad y firmeza que adquirieron despues. Pero el mal egemplo, la rebelion de las pasiones, la corrupcion del siglo, y todos los esfuerzos del infierno reunidos para manchar la pureza de la Iglesia, solo sirvieron para aumentarla, ó para hacerla más inalterable.

55. Habiendo escitado en Inglaterra la muerte del santo Rey Eduardo algunas turbulencias no menos perjudiciales á la Iglesia que al estado, Guillermo, duque de Normandía y primo hermano de este Monarca, que le habia instituido sucesor suyo, restableció en todo el reino un órden que jamás se habia visto en él (1). Murió Eduardo el dia 4 del año 1066, y acabó en él la línea de los Reyes ingleses, seiscientos veinte años despues de la primera entrada de esta nacion sajona en la Gran Bretaña. Se refieren muchos milagros de este santo Rey, el cual guardó virginidad perpetua en el matrimonio, y fue canonizado solemnemente noventa y cinco años despues de su fallecimiento. Se le llama San Eduardo el confesor para distinguirle del Rey de Inglaterra del mismo nombre que era ya reverenciado como mártir.

Guillermo, que habia sido llamado al trono, era hijo natural del duque Roberto II y de Arleta. Su extraordinaria corpulencia, la fuerza de su tempera-

(1) *Gest. Guill. pag. 196. et seq.*

mento, y todas las cualidades que constituyen á los héroes, compensaban ventajosamente el vicio de su nacimiento. Sin embargo, tuvo muchos obstáculos que vencer para ponerse en posesion, y aun mas para conservarse en el goce pacífico de la corona que se le habia legado. Una batalla en que manifestó la superioridad de su valor y talento para la guerra, le libró de Haroldo, que era cuñado de Eduardo y se habia coronado Rey inmediatamente despues de su muerte; pero le fue preciso recurrir muchas veces á las armas para domar una nacion orgullosa é inquieta, que le obligó, á pesar de su natural bondad, á egercer un imperio muy duro, y á revestirse de una severidad que conservó toda su vida. Llamó á Inglaterra muchos normandos, á quienes enriqueció con las confiscaciones hechas á los rebeldes, é introdujo las leyes de su pais interpoladas con algunas de los antiguos Reyes ingleses. No se olvidó de incluir en ellas el dinero de San Pedro. Su actividad sin igual y el deseo del buen órden, le movieron á tomar conocimiento de los asuntos eclesiásticos; pero si lo hizo por miras políticas, fue guiado siempre por los motivos superiores de la fe, pues era sólidamente cristiano, y se mostró fiel á las reglas de una circunspeccion religiosa.

En el mismo campo de Hastings, donde habia conseguido la victoria que le puso en posesion de la corona, edificó en honor de San Martin un monasterio que se llamó el Hermoso, y en latin *de Bello*. Fundó otro en Caen, bajo la invocacion de San

Estévan. Su muger Matilde estableció en la misma ciudad el de la Trinidad para las personas de su sexo. Estas dos fundaciones fueron una especie de penitencia por el pecado que habian cometido el Rey y la Reina, casándose no obstante el parentesco que tenían, cuya dispensa les concedió el Papa con aquella condicion; porque la separacion de los consortes, segun las representaciones que hizo al Pontífice el sabio Lanfranco, hubiera atraído á la nacion una guerra peligrosa, movida por el conde de Flandes, padre de Matilde.

56. Guillermo que sabia apreciar los talentos, no se contentó con hacer á Lanfranco primer abad de San Estévan, donde compuso este doctor profundo su tratado de la Eucaristía contra Berengario, sino que habiendo vacado el arzobispado de Cantorberi, juzgó el Rey que no habia otro mas digno que este piadoso y sabio cenobita de ser elevado á la primera silla de Inglaterra; y procediendo de este principio hizo que fuese colocado en ella el abad de San Estévan, porque sin embargo de que el Rey Guillermo gustaba de dar los principales empleos á sus vasallos de Normandía mas bien que á los de Inglaterra, no era menos justo en su predileccion que en su severidad. Lanfranco se mostró mas digno de esta elevacion por la mucha resistencia que opuso á ella, pues solo prestó su consentimiento en vista de las instancias unánimes de todos los obispos, y movido del temor de resistir á la voluntad de Dios. No por esto dejó de escribir despues al Papa para que le exoné-

rarse de una dignidad que le pareció siempre muy superior á su mérito; pero no consiguió lo que deseaba, y fue arzobispo toda su vida.

Solo se aprovechó para el bien de la Iglesia de la benevolencia, ó por mejor decir, de la intimidad de su Soberano, el cual le comunicaba sus mas ocultos pensamientos; lo que no estorbaba á este generoso prelado contradecirle en todo lo que se oponia al bien de la Religion. Así es que conservó el clero monástico en todas las catedrales de Inglaterra contra la inclinacion del Rey, que se manifestaba muy á las claras en el hecho de elegir casi todos los obispos entre los individuos del clero secular. Cuidó Lanfranco de que confirmase el Papa Alejandro las disposiciones de San Gregorio relativas á este punto, y dió unas providencias tan eficaces para que se observasen en lo sucesivo, que subsistió esta costumbre hasta el cisma de Enrique VIII.

57. Algun tiempo despues de la revolucion de Inglaterra, experimentó el imperio de oriente una fermentacion, cuyas resultas fueron mucho mas funestas (1). Habiendo muerto Constantino Ducas en el mes de Mayo del año 1067, su muger Eudisia puso en manos del patriarca Xifilino la promesa de no volver á casarse, y reinó con sus tres hijos Miguel, Andrónico y Constantino. En menos de un año se experimentaron los mas tristes efectos de este gobierno reunido. Entonces fue cuando los turcos selyúcidas tomaron un ascendiente que presagiaba las funestas

(1) *Europal. pag. 817.*

consecuencias á que habia de dar lugar. La nacion de los turcos, que era una parte de la de los hunnos, y descendia como estos de la gran Tartaria, se dividia antiguamente en nueve ramas, de las cuales la de Selyuc, hijo de Decac (el primero que se hizo musulman) invadió despues todo el imperio de los califas con el de Constantinopla. Sus conquistas en el pais de los griegos empezaron por las provincias mas orientales del Asia menor, en las que hicieron horribles estragos en los primeros meses del reinado de Eudasia. Se echó de ver que para contener sus progresos se necesitaba un Emperador capáz de mandar los egércitos, y se dió á entender esto á la Emperatriz, la cual no sintió la obligacion que se la imponia de volver á casarse, ni tardó mucho tiempo en elegir esposo, fijándose en Romano Diógenes, gefe de la guarda-ropa, á quien habia perdonado ya la vida despues de algunas rebeliones. Pero presentaba un obstáculo la promesa que habia hecho al patriarca de no volver á abrazar el estado del matrimonio, y para desvanecerla se echó mano de esta industria.

58. Envió la Emperatriz un eunuco inteligente y de toda confianza con encargo de decir al patriarca que en él consistia hacer Emperador á su hermano Bardas; que para esto no se necesitaba mas que suprimir la promesa injusta que se la habia exigido con violencia, y que al momento se casaria con él. Era este Bardas un libertino sin ningun mérito ni reputacion. El ambicioso patriarca cayó torpemente en el

lazo. Visitó á todos los grandes, les exageró los inconvenientes de la viudéz de Eudasia, como tambien la necesidad de tener un Emperador al frente de los egércitos y de los asuntos públicos, y no hubo ni uno solo que dejase de ceder á sus insinuaciones. Luego que estuvieron todas las cosas bien dispuestas, entró Romano Diógenes de noche y bien armado en el palacio, donde se casó con la Emperatriz. Esta conducta del patriarca Xifilino nos da á entender lo que debemos pensar de los elogios que hacen los griegos de su virtud. Se le ha atribuido falsamente el compendio de Dion Casio; una crítica mas ilustrada no permite confundirle con Xifilino el historiador, autor de este compendio.

59. Al principio fue feliz Romano Diógenes en la guerra contra los musulmanes; pero en 1071 fue derrotado su egército, y él quedó prisionero del sultan Asan. Habiendo mandado el vencedor que se le presentase, le hizo echarse en tierra y le pateó, conformándose con la costumbre bárbara de su nacion no sin repugnancia, pues le levantó inmediatamente, le abrazó y le sentó á su mesa. Despues le preguntó cómo se habria portado él si hubiese quedado vencedor. Creyendo Diógenes que se honraria mostrándose intrépido en el cautiverio, respondió que le hubiera hecho morir á golpes. „Pues yo, replicó el sultan, en vez de gobernarme por tu arrogancia, quiero seguir las máximas de tu Cristo que manda que se olviden las injurias. Recibe la paz y la libertad de aquel á quien aborreces.” En efecto, le envió libre despues